

CARTA AL MISIONERO TEÓFILO

La Carta al misionero Teófilo sirvió de prólogo a una colección de Sermones de misión publicada por el P. Claret en 1858. Va dirigida a un sacerdote amante de Dios, con inquietudes misioneras. Por eso, nuestro Santo aprovecha la ocasión para ofrecerle un pequeño tratado de pastoral misionera, que, a pesar de su brevedad, contiene orientaciones importantes para el apostolado. Ese sacerdote imaginario es un hombre lleno de celo, «que abrasa por donde pasa», y que entre las funciones sacerdotales - regir, evangelizar y santificar -, se siente llamado a vivir el elemento profético del sacerdocio de Cristo: la evangelización. A este hombre con urgencias de caridad apostólica el P. Claret le ofrece no sólo una serie de sermones que le faciliten su tarea de misionar, sino también algunas normas de pastoral misionera y, sobre todo, una regla apostólica que le transforme en Evangelio vivo y le haga apto para evangelizar eficazmente.

La carta consta de cuatro capítulos: excelencia de la misión, vida apostólica y espiritualidad misionera, conocimiento de los evangelizados y modo de predicar.

Anticipándose al decreto Ad gentes, del Concilio Vaticano II, la carta comienza por la teología de la misión: la iniciativa del Padre, la misión del Hijo y la misión de los Apóstoles y de los misioneros, continuadores de la misión del Hijo, cabeza y modelo de los Apóstoles y de los misioneros. Ello exige al misionero la configuración interior con Cristo y la imitación de Cristo evangelizador.

En la regla apostólica inculca la oración, la mortificación, la pobreza, la humildad, la mansedumbre y la caridad paciente, que lleva al heroísmo de alegrarse en las tribulaciones y persecuciones.

El tercer capítulo habla del conocimiento del hombre, de su dignidad y de sus enfermedades morales, para que el predicador ponga el dedo en la llaga.

Al hablar de la evangelización, el Santo no ofrece normas de oratoria sagrada, sino que presenta a Cristo evangelizador.

Finalmente, explica a Teófilo el modo de tratar y de servir a la Palabra: como María, la sierva del Verbo de Dios, y concluye indicándole la clave del éxito: amar mucho a Dios.

La Carta al misionero Teófilo se publicó por primera vez en la colección de Sermones de misión, escritos unos y escogidos otros por el misionero apostólico D. Antonio María Claret y Clará arzobispo de Santiago de Cuba, primado de las Indias, etc. (LR, Barcelona 1858) t. 1 pp. 5-26. Existe una edición reciente: San Antonio María Claret, Carta al misionero Teófilo: Cuadernos Claretianos, n. 1, Secretariado Claretiano (Roma 1979), 55 págs., con una introducción escrita por el P. José María Viñas. Esta obrita ha sido traducida al italiano: Lettera al missionario Teofilo: Quaderni di Comunità, n. 3 (Lierna 1983) 41 págs.

Capítulo I

Excelencia de la misión y mérito del misionero

Mi apreciadísimo Teófilo (1): Mis muchas y gravísimas ocupaciones no me han permitido satisfacer tus deseos tan pronto como yo quería y tú merecías; y si bien es verdad que ni aun ahora me hallo muy desocupado para escribir lo que me pides, con todo, haré un esfuerzo a fin de aprovechar tus bellas cualidades y disposiciones, reanimándolas para que no se malogren (2). Digo, pues:

1. Que el mayor sacrificio que puedes hacer a tu Dios y Señor es dedicarte a las misiones y a la conversión de los pecadores. Según San Gregorio, es tan grande el honor del hombre que se hace coadjutor de Dios (3) en la conversión de las almas, que su dignidad no sólo es angélica, sino divina, dice San Dionisio 4. ¡Oh, y cuán hermosos son los pies de los que evangelizan la paz y los bienes de la otra vida!, exclama San Pablo con Isaías 5. Son especiosos 6 por su velocidad en discurrir por los pueblos, como si fueran espíritus celestiales, y, como ángeles, se ocupan en la salvación de las almas, sin llamarles la atención otra cosa que la mayor gloria de Dios y bien de sus semejantes; son especiosos también por su virtud y fortaleza en sobrellevar las asperezas, espinas y dificultades del ministerio; especiosos por su pureza con que andan, sin llamarles la atención ni intereses temporales, ni aplausos, ni honores, ni comodidades; especiosos, en fin, por la hermosura de su vida ejemplarísima y por la suavidad y santidad de su doctrina, con que convierten, atraen y enamoran las almas.

2. En ninguna cosa manifestó Dios nuestro Señor su amor para con nosotros, miserables desterrados en este valle de lágrimas, tanto como en enviarnos a su unigénito Hijo para que nos redimiera y salvara y para que fuera cabeza y modelo de los demás misioneros: *Sic Deus dilexit mundum ut Filium suum unigenitum daret* 7. Ni la divina Majestad de nuestro Señor Jesucristo tuvo en el mundo empleo más aceptable a su eterno Padre ni más glorioso que el de salvador del mundo. Pues bien, este ministerio tan sublime, tan santo y tan divino, Jesucristo se ha dignado confiarlo a los apóstoles y a los misioneros apostólicos, diciéndoles: *Sicut me misit Pater et ego mitto vos* 8.

Y ha querido, dice San Jerónimo, que fuésemos también salvadores del mundo 9. Mira, amado Teófilo, si hay honor semejante al que nos dispensa Jesucristo con admitirnos en su apostolado y en compartir con nosotros el título de salvador del mundo 10. Debemos, pues, animarnos muchísimo en seguir sus pisadas, en trabajar día y noche en nuestra misión 11, en derramar la sangre de nuestras venas y en prodigar nuestra vida en la flor de sus años, como hizo Jesús, si tal fuere su santísima voluntad. Quiero decirte que por ninguna cosa has de arredrarte ni espantarte, sino siempre continuar adelante.

3. Y para que no desmayes a la vista de las dificultades y obstáculos que se te presentarán en este ministerio, alegaré algunos motivos que te estimularán:

1) La preciosidad del alma: ella es imagen de la Santísima Trinidad 12 y redimida con la sangre de Jesucristo 13; es hija de Dios y destinada para el cielo; su valor es infinito, pues dio Jesucristo por ella toda su sangre; su destino es eterno, para alabar a Dios eternamente; y esta alma tan noble y tan preciosa se halla caída en pecado, esclava del demonio, condenada a la muerte eterna, y cada paso que va dando, al suplicio se va acercando. Dime: si tuvieses una hermana y te dijeran que por ciertas faltas que cometió está condenada a muerte y que va marchando al suplicio, y tú supieras que practicando alguna diligencia la podrías librar, ¿no lo harías? ¡Ay, amadísimo Teófilo!, aviva la fe, y con esta santa antorcha en la mano verás no una mera suposición, sino una grande verdad; verás a muchas almas, hermanas tuyas, en pecado y que van marchando a los infiernos; andan con los ojos vendados, y por esto no ven los infelices el precipicio adonde van a caer, el suplicio adonde van a parar. Pues, ya que tú lo ves, ya que las puedes ayudar y sacar de tan desgraciado estado, lo debes hacer 14. ¡Oh, qué obra tan grande de caridad harás! Más que si, siendo tú muy rico, dieras a los pobres todas tus riquezas: *Etsi immensas pecunias pauperibus eroges, plus tamen effeceris si unam converteris animam* 15.

Este dicho de San Juan Crisóstomo es cierto y evidente. Nada le costó a Dios criar las riquezas del cielo y de la tierra. Con sola una palabra, *hágase* 16, se hizo todo 17. Pero ¡cuánto le costó salvar las almas! Por ellas se hizo hombre, nació en un establo, predicó y se fatigó, sufrió calumnias, azotes y espinas, derramó su sangre y murió en una cruz. Un alma, pues, vale más que todas las riquezas del mundo; más que todas las coronas de la tierra; más que todos los astros del cielo. El salvarla, por consiguiente, es más meritorio delante de Dios que cuantos sacrificios se pueden hacer. Te diré, en una palabra, con San Dionisio Areopagita: *Omnium divinorum divinissimum est cooperari Deo in salutem animarum* 18.

Por esto, el Espíritu Santo no se contenta con decir que los que enseñan el camino de la salvación a los hombres tendrán la vida eterna: *Qui elucidant me vitam aeternam habebunt* 19, sino que añade que serán llamados grandes en el reino de los cielos 20 y que resplandecerán como estrellas por toda la eternidad 21. Era tan grande la estima en que tenía Santa Catalina de Sena a los sacerdotes que se dedicaban con celo a la salvación de las almas, que besaba sus huellas o el lugar en que habían puesto los pies 22. Santa Teresa de Jesús dice francamente que más devoción le causan y más amor tiene a aquellos santos que se dedicaron a la salvación de las almas que a los mismos mártires 23. ¿Qué te diré, amado Teófilo, del grande San Ignacio, fundador de la Compañía de Jesús? Era tan grande el deseo que tenía de convertir almas, que todos los trabajos, calumnias, cadenas y persecuciones de esta vida le parecían cosa poca a trueque de ganarlas para Cristo; este celo le obligó a decir que, si estuviera en su mano y albedrío, antes escogería quedarse en esta vida, incierto de su salvación por convertir las almas, que morir luego con el seguro de salvarse 24. Y el Venerable Luis de la Puente hizo al Señor este sacrificio: *Si para convertir los pecadores, ¡oh Dios mío, fuere necesario que yo vaya a arder en las llamas del infierno sin culpa mía, desde luego me ofrezco a ellas* 25.

2) El segundo motivo que te alego, querido Teófilo, para animarte a esta santa tarea, es que de ninguna manera darás mejor a entender si amas de veras a Dios o no; el amor a Dios no

consiste únicamente en lengua y palabras, sino también, y principalmente, en obra y en verdad 26, esto es, en hacer y sufrir 27; por esto, Jesucristo dijo a San Pedro: *Pasce oves meas* 28. El amor se conoce por el celo, dice San Agustín: *Qui non zelat non amat, et qui non diligit manet in morte* 29. *Non sibi soli vivere, sed aliis proficere, vult Dei zelo ductus* 30.

3) El tercer motivo es una señal de predestinación: *Animam proximi salvasti? tuam praedestinasti*, dice San Agustín 31. Es la razón porque, abrazándose el misionero con los trabajos, peligros y privaciones por amor de Dios, empeña su protección y obliga su amorosa providencia a defenderle, como a otro Daniel, de caer en las garras de los leones 32, que son los espíritus infernales.

4) No sólo se salva, sino que entra en el cielo el misionero acompañado de los que se salvaron por su celo; así dice San Gregorio: *Ibi Petrus cum Iudaea conversa, quam post se traxit, apparebit; ibi Paulus conversum, ut ita dicam, mundum ducens* 33; y a más, ¿qué elogios tan grandes se merecerá en el día del juicio final? Pues que si las obras corporales serán tan celebradas del Señor 34, ¿qué tal deberán ser las obras espirituales de misericordia que ejercita el misionero? ¡Qué contraste tan grande hará un misionero perfecto con los sacerdotes flojos y sin celo! Tal vez algunos se tienen por buenos, porque no les remuerda la conciencia ninguna cosa mala; pero ellos deben saber que en el tribunal de Dios no sólo se ha de rendir cuenta de las obras malas, sino también de la omisión de las obras buenas. ¡Ay del que haya escondido el talento! ¡Ay del que no haya negociado con él! 35. El pecado de omisión es el pecado que hace condenar más sacerdotes. En el día del juicio, dice San Bernardo, se levantará un grande clamoreo que dirá: «Señor, somos condenados; lo conocemos; pero los sacerdotes tienen la culpa; ellos no nos avisaron, no nos corrigieron». Pero la voz más imponente, las palabras más aterradoras, serán las del mismo Jesucristo, quien les dirá que no han distribuido el pan de la divina palabra 36; que no han vestido al desnudo 37 con la estola nupcial de la gracia por medio de los santos sacramentos, y finalmente fulminará aquella terrible sentencia: *Discedite a me, maledicti, in ignem aeternum, qui paratus est diabolo et angelis eius* 38. El que en tiempo de necesidad esconde el trigo o el dinero, es reo de los que mueren de miseria; el que ve a un niño caído en el fuego y, pudiéndole sacar fácilmente, lo deja morir, es reo de su muerte; el que ve a otro con una arteria abierta y, si pudo fácilmente cerrarla, no lo hace, es reo de su muerte. ¡Cuántos sacerdotes que podrían, catequizando, predicando, confesando, misionando, socorrer las necesidades espirituales de sus prójimos no lo hacen, y los dejan perecer y condenar! ¡Ay de ellos! *Tot parvuli in oppidulis petunt panem, et non est qui frangat eis* 39. *Vae, vae, Praelatis dormientibus!... vae Presbyteris otiosis!* 40.

Ya ves, amadísimo Teófilo, que para librarte de una eternidad de penas y conseguir una grande gloria, que nunca jamás tendrá fin, debes dedicarte a las santas misiones, según tu vocación, y ser perseverante en tu sagrado ministerio. Escucha, por bien tuyo, las palabras del mismo Dios, que te dice: *Ecce venio cito: tene quod habes, ut nemo accipiat coronam tuam* 41.

CAPÍTULO II

Avisos importantes al misionero

Te he hablado hasta aquí, amadísimo Teófilo, de las excelencias de la misión y del beneficio tan grande y honor tan singular que te ha dispensado el Señor en llamarte a este magisterio; ahora te daré algunos avisos que la experiencia me ha enseñado, y que te servirán de grande provecho, si los practicas.

1. Has de ser muy amigo de la oración, a imitación de Jesús, que *erat pernoctans in oratione Dei* 42 y encargaba muy mucho la oración a los apóstoles 43. Todos los misioneros de nombradía han sido hombres de oración 44. El que pide alcanza 45.

2. Has de procurar siempre el retiro, por manera que no te han de ver más que en el altar, en el púlpito y en el confesonario. Al entrar y salir de la población andarás tan recogido, que cuantos te vean queden edificados 46.

3. Tendrás mortificados todos tus sentidos: hablarás muy poco y cuando haya necesidad, y entonces lo harás con gravedad y afabilidad. La vista la tendrás muy recogida, y nunca jamás la dejarás escapar a donde haya alguna mujer, porque serías muy notado y criticado; apártate de hablar con ellas, y, si alguna vez te es preciso, te diré: *sermo rigidus et brevis cum muliere est habendus* 47 *et oculos humi deiectos habe* 48.

Nunca comerás ni beberás sino en la casa de tu posada; tu comida será sencilla y parca, y cuanto más escondido, mejor; los italianos dicen que *no se da crédito a los santos que comen* 49. En todo serás mortificado, y mientras que no sea muy nocivo a la salud, cuanto más sufras y calles, más edificarás 50.

4. Una de las cosas que más has de aborrecer ha de ser el interés; has de ser amiguísimo de la pobreza, y en todas las cosas procurarás siempre para ti lo más pobre, lo más abyecto y despreciable 51.

5. Has de saber que los vicios principales que has de combatir son el amor a los placeres, el amor a las riquezas y el amor a los honores 52; y éstos se han de combatir con las virtudes opuestas; y más harás con el ejemplo que con las palabras.

6. Has de mirar e imitar continuamente la humildad y mansedumbre de Jesús 53; la humildad es el fundamento de todas las virtudes; y así como un edificio alto sin fundamento se cae, también caerás tú si no eres humilde, y te sucederá lo mismo que a Lucifer 54; a Tertuliano 55 y a otros que por falta de humildad cayeron miserablemente 56.

7. La humildad es el fundamento, pero la mansedumbre es el escudo que siempre debe tener embrazado el soldado de Jesucristo, quiero decir el misionero; porque le esperan persecuciones, y grandes persecuciones, y sólo con la paciencia es como se vencen. Son tan ciertas

y seguras las persecuciones y calumnias a los misioneros, que en esto conocerás si eres enviado o no; porque hasta el presente ninguno ha sido exceptuado. Moisés fue enviado, pero también fue contrariado de Faraón, de los magos y de los suyos propios. Todos los profetas, que fueron enviados de Dios, fueron perseguidos: *Quem Prophetarum non sunt persecuti patres vestri?* 57. San Juan Bautista *erat lucerna ardens et lucens* 58; lucía con el buen ejemplo y ardía en celo y predicación. *Fuit homo missus a Deo cui nomen erat Ioannes* 59.

En un principio, los judíos le alababan y admiraban mucho; pero luego que le oyeron reprender sus vicios, descubrir sus hipocresías y falsa justicia, y, sobre todo, dar testimonio de Jesús 60, comenzaron a menospreciarle y aun a aborrecerle; y, por último, Herodes le quitó la vida 61. Y ¿qué te diré de Jesús, nuestro divino Maestro? Escucha al evangelista, que dice: *Lux venit in mundum, et dilexerunt homines magis tenebras quam lucem; et non venit ad lucem, ut non arguantur opera eius* 62.

Esta luz es Jesucristo, que con su ejemplo, doctrina y gracia alumbró a todo hombre que viene a este mundo 63. Mas a todo esto han cerrado los hombres los ojos, prefiriendo permanecer ciegos, en medio de las tinieblas y de sus pasiones, al goce de los beneficios de esta divina luz; y, no queriéndose apartar de sus malas costumbres, tampoco quieren acercarse a esta luz, que pone al descubierto las viciosas inclinaciones y corrupción de su corazón.

No puede el mundo aborreceros a vosotros como a mí me aborrece, porque vosotros os conformáis con él, y yo con mi doctrina y con mis obras manifiesto que las suyas son malas 64. Los pontífices y los fariseos dijeron a los ministros o alguaciles: *¿Cómo no le habéis traído?*

Respondieron éstos: *Jamás hombre alguno ha hablado tan divinamente como este hombre.*

Dijéronles los fariseos: *¿Qué, también vosotros habéis sido embaucados? ¿Acaso alguno de los príncipes o de los fariseos ha creído en él? Solo este populacho, que no entiende la luz, es el maldito* 65.

Ya no debe extrañar nada el misionero 66, viendo lo que pasó en Jesús, que fue puesto en signo de contradicción 67, sufrió contradicción en la doctrina, en la reputación, en la sabiduría; fue tratado de profeta falso 68, de endemoniado 69 y hechicero, de loco, de borracho, glotón 70, amigo de malos 71 y seductor de la gente incauta 72; en un palabra, fue tenido por tan público malhechor 73, que no se necesitaba de proceso para condenarle a muerte, y finalmente murió en un infame patíbulo en medio de dos ladrones 74.

8. No pienses, amadísimo Teófilo, que en Jesús terminaron las persecuciones, como terminaron las persecuciones de la antigua ley; la oposición continúa su choque, y seguirá la contradicción y persecución. Así lo vemos en San Esteban, que lo echan fuera de la ciudad y le matan a pedradas 75. *Aquel día comenzó una gran persecución contra la Iglesia de Jerusalén*, dice la Santa Escritura 76. Todos los apóstoles fueron perseguidos 77 y murieron en cumplimiento de su ministerio, y en especial el apóstol San Pablo hace una clara descripción de sus persecuciones en estos términos: «Me he visto, dice, en muchísimos trabajos, en las cárceles, en azotes sin medida, en riesgos de muerte frecuentemente. Cinco veces recibí de los judíos cuarenta azotes menos uno. Tres veces fui azotado con varas, una vez apedreado, tres veces naufragué, estuve una noche y un día como hundido en alta mar, a punto de

sumergirme; me he hallado en penosos viajes muchas veces, en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en poblado, peligros en despoblado, peligros en la mar, peligros entre falsos hermanos; en toda suerte de trabajos y miserias, en muchas vigiliias y desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y desnudez; fuera de estas cosas o males exteriores, cargan sobre mí las ocurrencias de cada día por la solicitud y cuidado de todas las iglesias. ¿Quién enferma que no enferme yo con él? ¿Quién es escandalizado o cae en pecado que yo no me requeme?» 78.

9. ¿Quién hará caso, amadísimo Teófilo, de persecuciones, calumnias y otros obstáculos que se presentarán a un misionero, viendo que Jesucristo, San Pablo, los demás Apóstoles y todos los misioneros verdaderos han tenido que pasar por ese camino? 79. Por esto te debes acordar de lo que dice el profeta Isaías: *In silentio et spe erit fortitudo vestra* 80.

Tú procura callar, trabajar y esperar, que el Señor hará desaparecer aquella tempestad 81. Y, si tan recia es la persecución, te huirás a otra ciudad 82; pero nunca desampararás ni abandonarás tu ministerio o misión 83, pues lo que pretende el enemigo es espantarte como niño tímido. ¡Dichoso tú si sufres hasta la muerte! 84.

CAPÍTULO III

Qué es el hombre, o sea, el conocimiento que el misionero debe tener de la naturaleza humana

1. Muy amado Teófilo: a la manera que un médico que quiere curar a un enfermo debe enterarse primero de la complejión del enfermo y de la clase de enfermedad que le aflige, lo propio debe hacer un misionero, médico de las enfermedades morales 85; ha de conocer, en primer lugar, la naturaleza del hombre, y luego las enfermedades morales y sus causas, aplicando en seguida los remedios oportunos 86.

2. El hombre es criado por Dios a su imagen y semejanza 87 para que le conozca, ame y sirva aquí en la tierra y después sea eternamente feliz allá en el cielo con el mismo Dios que le crió 88.

3. El hombre es un compuesto de alma y cuerpo. El alma es espíritu inmortal, como Dios; es una en esencia y trina en potencias, que se llaman entendimiento, memoria y voluntad, como imagen que es de la Santísima Trinidad 89. Con el entendimiento conoce la verdad, conoce al mismo Dios; con la voluntad ama lo bueno, ama a Dios; de modo que Dios, como verdad infalible y como bondad increada, es el objeto adecuado del entendimiento y de la voluntad del hombre, y solamente Dios puede satisfacer uno y otra. Además, la memoria sirve para recordar los objetos pasados y hacerlos presentes, formando el tesoro del hombre sabio, pues que el hombre que no recordara nada de cuanto ha visto, oído y leído sería un necio.

4. Dios ha criado al alma para que anime al cuerpo, y cuerpo y alma formen un ser completo y acabado.

El alma, mientras mora en este mundo, necesita del cuerpo para conocer y funcionar, a la manera de una segur, cuyo acero necesita de un mango de madera para cortar; o como el anciano, cuya mala vista necesita de anteojos para ver. A su vez, el cuerpo necesita del alma para vivir.

5. Esta es la naturaleza del hombre. Las causas de las enfermedades morales, o de los pecados y condenación de tantas almas al infierno, son principalmente cuatro: el pecado original; el amor a la independencia, sobreponiéndose a los demás; el amor a las cosas sensibles que le rodean, y la distancia de la otra vida.

6. El pecado original contaminó la naturaleza humana, y por eso se halla, como un enfermo, lleno de malos humores, cargado de llagas, que, cuando se le cierra una, luego se le abre otra. Apenas puede andar, y, si anda, anda poco y aun cojeando. Así se halla actualmente la naturaleza humana, y por esto vemos tales y tantas monstruosidades en el hombre, que serían enteramente inexplicables sin la verdad de fe, que nos revela el pecado original.

7. No es el pecado original la primera causa de las enfermedades morales o pecados, pues que antes del original que contraemos, ya hubo el personal en nuestros padres. La causa primera es el amor a la independencia, es el abuso del señorío que Dios dio al hombre sobre todos los animales de la tierra, peces del mar y aves del aire 90. Abusando, pues, de esta soberanía, quiso y quiere el hombre extenderse y dominar a los demás hombres; no quiere estar sujeto a nadie, ni al mismo Dios, y en esto consiste la soberbia, causa principal de los pecados de los ángeles, de nuestros padres y de los hombres todos, quienes para fomentar esta tendencia, y como efecto de aquella misma causa, buscan riquezas y honores a fin de sobreponerse a los demás. He aquí la raíz y causa de muchísimos pecados de toda especie.

8. Ya hemos dicho que Dios crió al hombre para conocerle, para amarle 91, y en esto se goza el hombre y descansa; d a la manera de los graves, que descansan en su centro y están inquietos mientras no descansan en él 92. Este mismo Dios ha criado todas las demás cosas como medios para que el hombre consiga más fácilmente su último fin; por consiguiente, quiere que el hombre conozca y ame estas cosas como medios útiles para conseguir aquél, dirigiéndolo todo a su mayor gloria y valiéndose de todo para más conocer, amar y servir a Dios, que es su Criador, su Padre y su único fin.

9. Para que el hombre conozca y ame a Dios y los medios que le ha dado, que son todas las demás cosas criadas, le ha dotado de sentidos, para conocer lo presente, y de fe, para lo ausente o invisible. Cuando el hombre conoce, ama; y cuando conoce y ama, siente un placer y gozo especial. Este gozo es una participación del que tendremos en el cielo cuando veremos y amaremos a Dios con toda perfección 93. Así como la luz del divino rostro refleja en nuestro entendimiento y nos da inteligencia, así también el calor del amor o caridad de Dios

se comunica a nuestra voluntad, nos da amor y nos causa placer. Este placer hace en el hombre lo que el aceite, que unta las ruedas de una maquina para que anden mas ligeras y suaves. Tal ha hecho Dios para que el hombre cumpla la voluntad divina, que es la misma ley eterna, y se define: *Ratio divina ordinem naturalem conservari iubens, perturbari vetans* 94.

10. Dios ha dado al hombre este placer que siente en conocer y amar no sólo como una muestra y señal del placer y gozo que experimentará cuando en el cielo le verá cara a cara 95 y le amará con toda perfección, sino también para que le sirva de aliciente al bien y se aplique a su consecución con la continuación de estos medios; o, si no, dime: ¿Cómo se aplicaría el hombre a las ciencias si no hallara ningún placer en saber? ¿Cómo se procuraría la comida y cómo, después de haberla hallado, la tomaría, si no hallase ningún placer en comer? A buen seguro que se abandonaría, se debilitaría y moriría de inanición, y así se perdería el individuo. Y ¿cómo se conservaría la especie, si el hombre no experimentase algún goce en su propagación? ¿Cómo se casaría, cómo se sufrirían mutuamente los genios marido y mujer? ¿Cómo tomaría sobre sí los gastos, molestias y trabajos de la familia, si en estas mismas cosas no hubiera algunos goces que sirvieran como de contrapeso y facilitaran la marcha? ¡Ah, querido Teófilo! Dios todo lo ha hecho bien 96, todo lo ha dispuesto en número, peso y medida 97. Quien lo hace mal es el hombre, que todo lo trastorna, que de todo abusa.

11. El hombre se aplica a las ciencias y artes, siente un placer grande en saber, y, en lugar de dirigirse a Dios, autor de la inteligencia que tiene el hombre, de la luz con que ve y de las cosas que ve, se pone, dice San Agustín, de espaldas a la luz 98; mira las cosas criadas y se olvida de su Criador 99, y refleja a sí toda la luz de ciencia que arrojan aquellas cosas que estudia y descubre; esta misma luz le deslumbra, le ciega y le ensorbece cual otro Lucifer 100. Del propio modo que abusa de la inteligencia, abusa también de la comida. Se la procura y come no para vivir, sino que vive para comer y beber, haciendo un dios de su vientre 101 y olvidándose del verdadero Dios. Lo propio hace en la propagación: *Sicut equus et mulus, quibus nos est intellectus* 102. *Omnes quippe caro corrumpit viam suam* 103. (He aquí por qué tantas torpezas.)

Et animalis homo non percipit ea quae sunt spiritus Dei 104 (He aquí por qué tantas impiedades y herejías, pues no hay hereje sin mujer 105).

12. Degradado el hombre por este abuso y casi reducido a la clase de bruto, vive más para sí que para Dios, quejándose de ello amargamente el Apóstol 106. Sí; su vida es más para el cuerpo que para Dios; él mismo se alucina y se deja fascinar de todas las cosas que le rodean. Ya te he dicho que, mientras el hombre vive en este mundo, su espíritu está unido al cuerpo 107; éste transmite sin cesar las impresiones de todo cuanto le rodea a la manera de un espejo, que representa todo cuanto se le pone delante. A la verdad, posee el alma del hombre algunas facultades que, naturalmente elevadas sobre todo lo corpóreo y sensible, se rigen por otros principios, versan sobre más altos objetos y habitan, por decirlo así, en una región que, de suyo, nada tiene que ver con todo cuanto existe material y terreno. Sin desconocer, empero, la dignidad de estas facultades ni la altura de la región en que moran, menester es confesar que

es tal la influencia que sobre las mismas ejercen las otras que son de un orden inferior, que a menudo las hacen descender de su elevación, y, en vez de obedecerlas como a señoras, las reducen a la clase de esclavas. Cuando las cosas no llegan a este extremo, resulta al menos con demasiada frecuencia que las facultades superiores están sin funcionar, como adormecidas; de suerte que el entendimiento apenas columbra, como en oscura y larga distancia, las verdades que forman su más noble y principal objeto, y la voluntad no se dirige tampoco al suyo, sino con el mayor descuido y flojedad, si algo hace.

13. La otra causa que anda adjunta a la anterior es la distancia de la otra vida. Hay un infierno que temer, un cielo que esperar; pero todo esto está en la otra vida, se reserva para una época más distante; son cosas que pertenecen a un orden enteramente distinto, a un mundo nuevo, en el cual creemos firmemente, pero del que no recibimos impresiones directas de momento; y así es que necesitamos hacernos un esfuerzo de concentración, de reflexión, de meditación, para penetrarnos del inmenso interés que para nosotros tienen y de que, en su comparación, es nada todo cuanto nos rodea. Supongo que el hombre acaba esta reflexión y que dice, como el sabio Salomón, que todo el oro de este mundo, en comparación de los bienes celestiales, es como menuda arena 108. Aún más; supongo que el buen cristiano, después de su oración mental, dirá, como San Pablo, que las cosas de este mundo las reputa todas como estiércol 109. No obstante y entre tanto viene a herir su imaginación, a excitar su sentimiento algún objeto de la tierra, ora inspirándole algún temor, ora halagándole con algún placer; he aquí que el otro mundo va desapareciendo de sus ojos, y, no pensando ni en el cielo ni en el infierno, ya no espera lo uno ni teme lo otro, como si nunca hubieran existido para él. El entendimiento vuelve a su ordinario entorpecimiento; la voluntad, a su languidez respecto de las cosas pasadas, y uno y otra se ocupan únicamente de las presentes.

14. La experiencia enseña que el hombre casi siempre se guía por las impresiones del momento; sacrifica lo venidero a lo presente; y, cuando pesa en la balanza de su juicio las ventajas y los inconvenientes que una acción puede acarrearle, la distancia o la proximidad de la realización de estos inconvenientes y ventajas es una de las circunstancias más influyentes en su elección. Y ¿cómo no ha de suceder esto en los negocios de la otra vida, si se verifica lo mismo con respecto a los de la presente? ¿Cuántos y cuántos hay que sacrifican las riquezas, el honor, la salud, la vida, a un placer de momento? Y esto, ¿por qué? Porque el objeto que halaga está presente y los males que se han de seguir están distantes, y el hombre se hace la ilusión de evitarlos o bien se resigna a sufrirlos. Si esto pasa en lo corporal y temporal, mucho más se verifica en lo espiritual y eterno; de aquí proviene la causa de la queja del profeta, que exclama: *Filii hominum usquequo gravi corde, ut quid diligitis vanitatem, et quaeritis mendacium?* 110.

15. Así es como se explica el enigma que propone San Agustín cuando, hablando con Dios, dice: «Amado todos la vida bienaventurada, que no es otra cosa sino la alegría que se tiene de la verdad, ¿por qué causa la verdad engendra odio en los hombres, y aun vuestro Hijo Jesucristo se hizo enemigo de ellos porque se la predicaba? La causa de esto no puede ser otra

sino que de tal modo se ama la verdad, que aun aquellos que aman otra cosa muy distinta quisieran que fuese la verdad aquello que aman; y como, por otra parte, no quieren ser engañados, tampoco quieren verse convencidos de que lo son. Así, pues, aquella misma cosa que tienen por verdad y como a tal la aman, es el motivo de que aborrezcan la verdad. Aman la verdad en cuanto resplandece o ilumina, pero la aborrecen en cuanto les acusa y reprende; y como ellos no quieren ser engañados, pero quieren engañar a otros, aman la verdad cuando ella se descubre o manifiesta a sí misma, pero la aborrecen cuando los descubre o los manifiesta a ellos. Así, pues, la correspondencia que tendrán de la verdad será que a los que no quieren que los descubra y manifieste, los manifestará y descubrirá, aunque ellos no quieran, sin que la misma verdad se descubra y manifieste a ellos. Así es también puntualmente el espíritu del hombre, que quiere ocultar su ceguera, sus achaques, su fealdad, sus indecencias, y no quiere que a él se le oculte cosa alguna; pero sucede al contrario, que él queda descubierto para la verdad y la verdad queda oculta para él; no obstante este estado de miseria en que se halla, más quiere gozar y alegrarse de bienes sólidos y verdaderos, que de aparentes y falsos. Luego será verdaderamente bienaventurado si, libre de toda molestia, no hallare ya alegría sino en la Verdad suprema, de quien participaron su verdad todas las otras cosas verdaderas? 111.

CAPÍTULO IV

Materias que se deben tratar en la misión, cómo se deben proponer y qué máximas deben inculcarse con frecuencia

Aquí tienes, amadísimo Teófilo, los sermones que tanto tiempo ha me estás pidiendo 112; como puedes conocer por la fisonomía del estilo, algunos son escritos por mí, y otros no; sólo los he escogido entre los muchos autores que he tenido ocasión de ver y que me han parecido más a propósito, ya por su composición, ya por la materia que contienen. De cada materia he puesto más de uno, para que puedas escoger el que más te guste y sea más adecuado al auditorio.

Al principio de cada sermón hallarás su esqueleto, que te servirá muchísimo, ya para enterarte luego del sermón y escogerle o desecharle, ya también para recordar el orden y materia del sermón e improvisarlo, después que te hayas hecho bien dueño de la materia. Al último de algunos sermones he puesto como un almacén de materias y ejemplos escogidos, para que puedas hacer de ellos el uso que corresponda, según las circunstancias.

Te encargo sobremanera que antes de subir al púlpito estés bien penetrado de lo que vas a decir; esta viva penetración que tendrás de la materia que vas a proponer te hará formar ideas claras y te sugerirá el modo de expresarlas con gracia y energía, y aun con símiles y comparaciones naturales.

De concebir bien las ideas y expresarlas así con perfección, resulta aquel estilo mágico que despierta los sentidos, toca el corazón y aviva el alma por la feliz combinación de lo moral y

de lo natural, y tal vez convencerás más con una comparación que con una autoridad, aunque sea de la Santa Escritura 113.

El hombre siente más placer en los emblemas, alegorías y comparaciones de cosas sensibles, que en la verdad desnuda, porque ésta es rígida y aquéllas risueñas. No hubiera agradado Esopo a sus lectores por espacio de veinte y cinco siglos si, en lugar de fábulas, hubiera escrito verdades austeras. Ni nuestro divino Salvador hubiera instruido al pueblo con discursos tan eficazmente como con sus parábolas; por esta razón te aprontaré varias comparaciones, semejanzas y ejemplos, a fin de que escojas las más oportunas, según las circunstancias del lugar, del auditorio y del tiempo a que te has de acomodar, como se acomoda el agua al tubo a que la echan y el profeta Eliseo al niño que resucitó 114. Cuando tengas el auditorio ganado y convencido, procurarás reducirlo a la práctica: que se aparte de lo malo y que practique lo bueno. Porque, como dice San Ligorio 115, la moralidad es el fruto del sermón al pueblo, y así cuidarás siempre de arrancar los vicios y plantar las virtudes, lo que irás haciendo según la materia que irás tratando, que será como la tela en que irás bordando las virtudes.

1. Las cosas que más has de inculcar y que con frecuencia has de repetir son la observancia de los mandamientos, individualizándolos y explicándolos con claridad.

2. Las verdades que todo cristiano debe saber y creer, las cosas que ha de esperar y pedir, y le enseñarás el modo de hacer oración mental y vocal y las obras buenas en que cada uno debe ejercitarse según su estado y oportunidad, ofreciéndolo todo a Dios.

3. Los sacramentos que debe recibir; cómo los ha de recibir; cómo ha de prepararse para recibirlos y el modo de dar gracias después 116.

4. La devoción que ha de tener a la Beatísima Trinidad, al Santísimo Sacramento 117; la devoción a la pasión de nuestro Señor Jesucristo 118, y el modo de hacer el *viacrucis* 119. La devoción a María Santísima 120; el modo de rezar el rosario 121, y el modo de llevar el escapulario, medallas, etc. 122 La devoción a su santo patrón, al ángel custodio y a las benditas almas del purgatorio.

5. Le inculcarás mucho la lectura de libros buenos y que se abstenga de los malos 123.

6. Que se aparten todos de malas compañías, de los peligros y ocasiones de ofender a Dios 124. En los peligros involuntarios que invoquen a Dios.

7. Les inculcarás mucho la paciencia en las penas, trabajos y adversidades, a conformarse en todo con la voluntad de Dios y que cumplan bien sus obligaciones.

8. Que se ejerciten en las obras de misericordia 125; que tengan paz y unión 126; que no haya pleitos ni disensiones entre ellos; que traten a los otros como ellos quisieran ser tratados 127,

y que no hagan a los otros lo que no quisieran se les hiciese a ellos 128. Siempre debes acordarte que toda la ley y los profetas estriban en estos dos puntos: en amar a Dios y al prójimo 129, y por esto se deben inculcar mucho.

9. Debes tener presente que la palabra de Dios es viva y eficaz y más penetrante que cualquier espada de dos filos, y que entra y penetra hasta los pliegues del alma y del espíritu, hasta las junturas de los huesos y tuétanos, y discierne y califica los pensamientos y las intenciones más ocultas del corazón, como dice San Pablo 130. Sobre esta doctrina del Apóstol voy a darte una semejanza. Así como una espada para cortar debe estar sin vaina y bien afilada, pues que la vaina, aunque fuera de aro y guarnecida de piedras preciosas, impediría el corte, así la espada de la divina palabra, para cortar con ambos filos lo que se opone al amor de Dios y al amor del prójimo, debe estar bien afilada con la pureza y rectitud de intención; sin la vaina, aunque hermosa, de la elocuencia humana y flores de retórica 131, y así es como te la entrego yo.

Además, el Verbo eterno se debe considerar en tres estados; *encarnado*, *consagrado* y *predicado*; para encarnarse escogió ,a madre mas humilde 132; pero la más casta y más fervorosa, cual es María Santísima; y así como María Santísima es madre del *Verbo encarnado*, así el sacerdote, dice San Bernardo, es como padre y madre del Verbo consagrado y predicado 133. Por lo tanto, ha de procurar ser humilde como María, casto como María y fervoroso como María. El *Verbo consagrado* existe y persevera en el Sacramento mientras existen y perseveran las especies humildes de pan y vino del Sacramento; por manera que, si éstas desaparecen, desaparece la realidad también. Otro tanto pasa en el *Verbo predicado*: mientras se conservan la especies humildes de Jesús, produce su erecto; pero, apenas desaparecen éstas y se predica con estilo arrogante y retumbante, pierde al instante su virtud; ya es palabra humana, no divina, y como humana se la mira, se admira la composición, el artificio, y nadie se convierte.

10. La Virgen Santísima, que *castitate placuit, et humilitate concepit*, como dice Santo Tomás de Villanueva 134, por su castidad agradó a Dios y por la humildad le concibió en sus virginales entrañas; apenas le dio a luz en medio de la noche cuando le envolvió en pobres panales, le reclinó en un pesebre 135 y en el portal de Belén, donde fue adorado de los ángeles, de los pastores y de los Reyes 136.

Aprende, Teófilo, de María; con la castidad has de agradar a Dios, y por la humildad con que estudiarás en los Libros santos y con que orarás a Dios concebirás lo que has de decir o el Verbo que has de predicar. La Virgen lo envolvió en pobres panales 137; tú lo envolverás en un estilo sencillo y natural. La Virgen lo colocó en el pesebre con toda reverencia 138; tu, sin faltar al sagrado decoro que exige tu ministerio ni a la reverencia que se debe a la divina palabra que predicas, la colocarás de manera que aun aquellos hombres más rudos y estúpidos la puedan alcanzar y entender, **como** las bestias alcanzan al pesebre 139, que cabalmente es para ellas. Igual práctica sigue el Verbo predicado: *cum simplicibus sermocinatio eius...* 140 *Spiritus Domini super me, evangelizare pauperibus misit me Dominus* 141.

Y el mismo Jesucristo da gracias a su eterno Padre, porque la divina palabra se revela o se predica a los párvulos, esto es, a los humildes 142 El pesebre estaba cerca del portal por donde pasaban las gentes, los de la ciudad y los forasteros, los sabios y los ignorantes, los grandes y los chicos, los hombres y las mujeres, para que entiendas que el predicador a todos es deudor: *Sapientibus et insipientibus*, como dice el Apóstol 143. He aquí por qué su estilo debe ser popular, como enseñan San Ligorio y Muratori 144. Los ángeles y la estrella atrajeron a los pastores y a los Reyes 145; los ángeles también y otras cosas te atraerán las gentes a la santa misión. ¡Con qué fervor y devoción oirán la divina palabra!, porque Dios les inspirará y enseñará aquella doctrina que inspiró a Orígenes y a San Agustín cuando decían: *Non est minus verbum Dei quam Corpus Christi* 146.

Ellos oirán el sermón, se confesarán y recibirán la comunión.

Además de esta expresión de Orígenes y de San Agustín, en que hacen ver la reverencia y devoción con que los fieles deben recibir la divina palabra, yo ahora me valdré de una comparación que apunta Quintiliano, y ella te servirá mucho para tu gobierno, prudencia y discreción: Dice así *Utendum est verbo, ut nummo, cui publica forma sit* 147.

Por lo tanto, querido Teófilo, usarás de la palabra como se usa de la moneda: 1) Debe ser moneda del país; así también debes usar el idioma que usa el país, a fin de que todos te entiendan bien. 2) La moneda que se da a los pobres, a los criados y que más uso tiene cada día son los cuartos y menudos de plata, y entre los ricos, las monedas de plata y oro; así, también tú usarás, con los pobres y gente sencilla y ordinaria, de palabras y expresiones que todos comprendan bien, y, si alguna vez has de hablar con sabios, hablarás con palabras propias a sus riquezas literarias. 3) La moneda también se usa en papel; lo propio harás por medio de papeles volantes, libritos, etc., y así harás un grande comercio para el cielo 148.

11. Finalmente, María, madre del Verbo encarnado, es la Madre del Amor Hermoso: *Ego mater pulchae dilectionis* 149.

He aquí, Teófilo, la última y principal prenda que debes tener para ser un buen misionero: ser devoto de María y amar mucho a Dios 150. Así predicarás bien, como dice el Venerable Avila 151, y harás bien todas las cosas 152, porque todo lo que se hace por amor es amor, dice San Francisco de Sales 153. Vale.

NOTAS

1 Cf. Lc 1, 3.

2 Como ya se ha indicado, esta carta se publicó como introducción a los tres voluminosos tomos de los *Sermones de misión*, publicados por la Librería Religiosa de Barcelona en 1858. El P. Claret, tras su prolongada experiencia misionera en Cuba, había sido nombrado el año anterior, en junio de 1857, confesor de la reina Isabel II, y este cargo, además de su casi ininterrumpida actividad evangelizadora en Madrid, le tenía sumamente ocupado. Sobre sus ocupaciones de esta época puede verse: Fernández, C., *El confesor de Isabel II y sus actividades en Madrid* (Coculsa, Madrid 1964) pp. 123-181.

3 Cf. 1Cor 3, 9.

4 San Gregorio Magno, *Homil. sobre los evangelios* l. 1 hom. 6, 9; San Dionisio Alejandrino, *De cael. hier.* c. 1: *Angelica imo divina est dignitas*. Citado por San Alfonso, *Selva de materias predicables: Obras ascéticas* (BAC, Madrid 1954) t. 2 p. 55.

5 Cf. Is 52, 7; Rom 10, 15.

6 «Especiosos» en el sentido de hermosos, preciosos.

7 *Tanto amó Dios al mundo, que le dio su unigénito Hijo* (Jn 3, 16).

8 *Como me envió mi Padre, así os envío yo* (Jn 20, 21).

9 San Jerónimo, *Comentario a Abdías* 21: PL 25, 1115. Citado por San Alfonso, *Selva*, ed. cit., t. 2 pp. 81.142.

10 San Antonio María Claret tuvo siempre muy arraigada la convicción de que la dignidad del misionero es la mayor que puede concebirse en este, mundo, por ser la más parecida a la de Cristo. Escribiendo al P. Domingo Ramonet (1833-1903), le dice: «Piense que el ser misionero es más que ser párroco, más que canónigo... Los peligros que hay en estos estados son más y mayores, y el fruto que se hace, menos que en estado de misionero» (carta del 26 de junio de 1861: EC, II, p. 316). «A buen seguro - escribe en la *Autobiografía* - que más cuenta le tendrá a un sacerdote el haber sido misionero que no el haber sido canónigo» (n. 631). Sobre este punto puede verse: Bermejo, J., *San Antonio María Claret, misionero apostólico*, en *Lierna 80* (Bogotá) pp. 6-7.

11 Cf. 1Tes 2, 9.

12 Cf. Gén 1, 27.

13 Cf. 1Pe 1, 18.

14 Ideas muy parecidas en la *Autobiografía* (n. 205-209).

15 San Juan Crisóstomo, *In ep. 1 ad Cor. homil. XXII*: PG 61, 263-275: «Quien convierte una sola alma, agrada más a Dios que si repartiera todos sus bienes en limosnas». Citado por San Alfonso, *Selva de materias predicables: obras ascéticas* (BAC, Madrid 1954 t. 2 p. 51).

16 Gén 1, 3.

17 Cf. Sal 33, 6.

18 San Dionisio, *De cael. hier.* c. 3: «De las cosas divinas, la más divina es cooperar en la salvación de las almas».

19 *Los que me honraren tendrán vida eterna* (Ecl 24, 31).

20 Mt 5, 19.

21 Dan 12, 3.

22 Cf. Gisbert, L., *Vida portentosa de la seráfica y cándida virgen Santa Catalina de Sena* (Gerona 1804) p. 9: «Tenía singular devoción y amor a aquellos santos que en esta vida se emplearon y trabajaron más en la conversión de los pecadores; y como sabía por divina revelación que el patriarca Santo Domingo había instituido su religión para solicitar los aumentos de la fe y salud de las almas, le tenía tanta veneración, que, cuando veía algunos religiosos de su orden, notaba el lugar donde ponían los pies, y después con toda humildad besaba las huellas» (cf. Aut. n. 235).

23 Santa Teresa de Jesús, *Fundaciones* c. 1 n. 7: *Obras completas* (BAC, Madrid 1962) p. 500: «Ansí me acaece que, cuando en las vidas de los santos leemos que convirtieron almas, mucha más devoción me hace, y más ternura, y más envidia que todos los martirios que padecieron (por ser ésta la inclinación que nuestro Señor me ha dado), pareciéndome que precia más un alma que por nuestra industria y oración le ganásemos mediante su misericordia, que todos los servicios que le podemos hacer».

24 Lo cita San Alfonso María de Ligorio, *Selva di materie predicabili* (Bassano 1833) p. 1.^a c. 9 § 2 p. 99. *Ex libris*. El Santo señaló este texto con una rayita marginal. En la traducción castellana de Roca y Cornet, publicada en París, en 1851, se dice: «Decía el grande Ignacio de Loyola que, aun cuando se viera a punto de morir y con seguridad de su eterna salvación, no obstante, escogería quedarse en la tierra, aunque incierto de su salvación, con tal que pudiese seguir en el auxilio de las almas» (p. 160).

25 Cachupín, F., *Vita del Venerabile Padre Luigi della Ponte* (Venezia 1733) l. 2 c. 8 p. 226.

26 Cf. 1Jn 3, 18.

27 En la *Autobiografía* escribe de forma lapidaria: «El hacer y el sufrir son las grandes pruebas del amor» (n. 424). «El hacer y sufrir son las pruebas del amor», escribe en uno de sus apuntes (Mss. Claret, XIII, 519). Y en otro: «Hacer y sufrir para el amado» (ib., 197). En la espiritualidad de Claret acción y pasión son componentes de la vocación apostólica y de toda la perfección cristiana.

28 *Apacienta mis ovejas* (Jn 21, 17).

- 29 «El que no cela, no ama, y el que no ama, permanece en la muerte» (1Jn 3, 14): San Agustín, *In Ps. 118* sermo 18. Citado por San Alfonso, *Selva*, ed. cit., t. 2 p. 153.
- 30 Cf. San Agustín, *Homilía sobre el salmo 118* sermón 28 (PL 37, 1585): «El que es guiado por el celo de Dios, quiere no sólo vivir para sí mismo, sino aprovechar a otros».
- 31 San Agustín: «¿Salvaste el alma del prójimo? Has predestinado la tuya». Citado por San Alfonso María de Ligorio, *Selva di materie predicabili* (Bassano 1833) p. 1.^a c. 9 § 3 p. 100. *Ex libris*.
- 32 Cf. Dan 6, 27.
- 33 «Allí aparecerá Pedro con la Judea, que, convertida, llevó tras sí; allí Pablo conduciendo, por decirlo así, al mundo convertido? (San Gregorio Magno, *XL homiliarum evangelia in lib. 1* hom. 17 n. 17: PL 76, 1148: *Obras de San Gregorio Magno* [BAC, Madrid 1958] p. 610).
- 34 Cf. Mt 25, 40.
- 35 cf. Mt 25, 24-30.
- 36 cf. Mt 14, 19.
- 39 cf. Mt 25, 43.
- 38 *Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y para sus ángeles* (Mt 25, 41).
- 39 *¡Cuántos pequeñitos en las aldeas piden pan, y no hay quien se lo reparta!* (Jer 4, 4).
- 40 Contenson, V., *Theol.* l. 3 dist. 6 c. 2 sp. 2: «¡Ay, ay de los prelados que duermen...! ¡Ay de los presbíteros ociosos!».
- 41 *Vengo pronto. Guarda bien lo que tienes, no sea que otro se lleve tu corona* (Ap 3, 10-11).
- 42 *Pasó la noche orando a Dios* (Lc 6, 12). Cf. Aut. n. 434.
- 43 Cf. Mt 5, 44-45; 6, 9; Lc 18, 1; 21, 36.
- 44 Cf. Mt 26, 41, Aut. n. 264-273.
- 45 Cf. Mt 7, 8.
- 46 Cf. Aut. n. 390.
- 47 «Con la mujer se ha de tener conversación severa y breve» (San Agustín, *De modo confitendi in Ps. 50*). Cit. por San Alfonso, *Selva*, ed. cit., t. 2 p. 213.
- 48 «Y ten los ojos bajos en el suelo» (San Isidoro de Pelusio, l. 2 cp. 284). Cit. por San Alfonso María de Ligorio, *Selva di materie predicabili* (Bassano 1833) p. 2 istr. 3 p. 153. *Ex libris*.
- 49 Este aforismo lo cita también en la *Autobiografía* (n. 403): «Los italianos dicen: a los santos que comen no se les da crédito».
- 50 Cf. Aut. n. 394.
- 51 Sobre el amor a la pobreza y la forma de practicarla puede verse Aut. n. 357-371. Después de haber vivido con la mayor radicalidad evangélica, escribía a la M. Antonia París de San Pedro el 30 de enero de 1862: «Dios quiere que se dé un público testimonio a favor de la pobreza, ya que, por desgracia, en el día más confianza se pone en el dinero que en Dios» (EC, II, pp. 440-441).
- 52 Cf. 1Jn 2, 16, Aut. n. 357.
- 53 Cf. Mt 11, 29.
- 54 Cf. Is 14, 12.
- 55 Quinto Septimio Florencio Tertuliano (n. en Cartago hacia el año 155 y fallecido hacia el 220). «Hacia el año 207 pasó abiertamente al montanismo y llegó a ser jefe de una de sus sectas, llamada de los tertulianistas» (Quasten, J., *Patrología*, [BAC, Madrid 1978] 2.^a ed., p. 546).
- 56 Sobre la humildad cf. Aut. n. 340-356. Sobre la mansedumbre cf. Aut. n. 372-383.
- 57 *¿A qué profetas no persiguieron vuestros padres?* (Hch 7, 52).
- 58 *Era lámpara que arde y alumbra* (Jn 5, 35).
- 59 *Hubo un hombre enviado por Dios cuyo nombre era Juan* (Jn 1, 6).
- 60 Mt 3, 1-12.
- 61 Cf. Mt. 14, 10.
- 62 *Vino la luz al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas... y no viene a la luz, porque sus obras no sean reprendidas* (Jn 3, 19-20).
- 63 Jn 1, 9.

- 64 Cf. Jn 7, 7.
- 65 Cf. Jn 7, 45-49.
- 66 Cf. Ap 2, 10.
- 67 Cf. Lc 2, 34.
- 68 Cf. Lc 7, 39; Jn 7, 52.
- 69 Cf. Mt 12, 24; Jn 8, 48.
- 70 Cf. Mc 2, 16.
- 71 Cf. Mt 11,19.
- 72 Cf. Lc 23, 5; Jn 7, 12.
- 73 Cf. Jn 18, 30.
- 74 Cf. Is 53, 12; Lc 23, 33; Jn 19,18.
- 75 Hch 7, 57-58.
- 76 Hch 8, 1.
- 77 Cf. Aut. n. 223.
- 78 2Cor 11, 22-29; cf. Aut. n. 224.
- 79 Cf. Jn 15, 20, Hch 5, 41; 2Cor 11, 23-29.
- 80 La quietud y la confianza serán vuestra fuerza (Is 30, 15).
- 81 Cf. Mt 8, 26.
- 82 Cf. Mt 10, 23.
- 81 Cf. 1Tim 4, 5.
- 84 Cf. Aut. n. 651.
- 85 Cf. Lc 5, 31.
- 86 El estudio de la realidad a evangelizar es una constante en la actividad apostólica del P. Claret ya desde joven (cf. Aut. n. 33 171 191 315 475 545 717-728 729-735).
- 87 Cf. Gén 1, 27.
- 88 Cf. Claret, *Catecismo brevísimo* (Las Palmas 1848) p. 7: «¿Para qué fin somos criados? Para conocer, amar y servir a Dios aquí en la tierra y después verle y gozarle por toda la eternidad en el cielo». De forma parecida se expresa en *Catecismo de la doctrina cristiana explicado* (Pla, Barcelona 1848) p. 14, y en *El ferrocarril* (LR, Barcelona 1859) p. 10.
- 89 Cf. Gén 1, 27.
- 90 Cf. Gén 1, 28.
- 91 Cf. c. 3 n. 2.
- 92 Alusión a la conocida frase de San Agustín: «Nos criasteis para Vos, y está inquieto nuestro corazón hasta que descansa en Vos» (*Confesiones de San Agustín*, trad. por el P. Eugenio Zeballos, l. 1 c. 1 n. 1 [LR, Barcelona 1849] t. I p. 20. *Ex libris*).
- 93 Cf. 1Cor 13, 12; 1Jn 3, 2.
- 94 San Agustín, *Contra Faustum* l. 22 c. 27: PL 42, 418: «La inteligencia divina manda conservar el orden natural y prohíbe perturbarlo».
- 95 Cf. 1Cor 13, 12.
- 96 Cf. Gén 1, 31
- 97 Cf. Sab 11, 21.
- 98 San Agustín, *In lo. Ev. tract. 1* n. 19: PL 35, 1388: *Obras* (BAC, Madrid 1955) t. 13 p. 93. Citado también en *El ferrocarril* (LR, Barcelona 1859) pp. 58-59.
- 99 Cf. Dt 32, 18; Rom 1, 25.
- 100 Cf. Is 14, 12.
- 101 Cf. Rom. 16, 18; Flp 3, 19.
- 102 *No seas sin entendimiento como el caballo y el mulo* (Sal 32, 9).
- 103 *Toda carne había corrompido su camino sobre la tierra* (Gén 6, 12).
- 104 *El hombre animal no percibe las cosas del Espíritu de Dios* (1Cor 2, 14).
- 105 Cf. Claret, *Instrucción que debe tener la mujer. Colección de opúsculos IV* (LR, Barcelona 1860) p. 11.

106 Cf. Flp 3, 18-19.

107 Cf. c. 3 n. 4.

108 Cf. Sab 7, 9.

109 Cf. Flp 3, 8.

110 *Hasta cuándo, hidalgos, convertís mi gloria en ignominia? ¿Por qué amáis la vanidad y buscáis la mentira?* (Sal 4, 3).

111 San Agustín, *Confesiones* l. 10 c. 23 n. 34: *Confesiones de San Agustín, traducidas por el R. P. Fr. Eugenio Zeballos, del Orden del Santo* (LR, Barcelona 1868) t. 2 pp. 279-280.

112 Téngase en cuenta que, como indicamos al principio, esta *Carta al misionero Teófilo* se publicó como introducción a los tres tomos de los *Sermones de misión* (LR, Barcelona 1857, 410 y 550 págs.).

111 San Antonio María Claret recomienda el uso de símiles y comparaciones como algo nacido de su propia experiencia. Lo mismo se propuso en su predicación la sencillez y la claridad, y procuraba salpicar sus sermones de comparaciones para que la gente sencilla le entendiera más fácilmente. Esto lo consideraba como un don especial que Dios le había concedido (cf. Aut. n. 297-299). Los testigos que le oyeron predicar reconocen la maestría del P. Claret en este punto. He aquí el testimonio de su primer biógrafo: «Nosotros le oímos predicar al clero, a estudiantes, a monjas, a reuniones de seglares doctos y a otras diversas clases exclusivas de auditorios y debemos decir que una de las cosas que más admirábamos en el señor *Claret* era la facilidad con que cambiaba de estilo, adoptando siempre el más apropiado a la condición de quienes le escuchaban. Pocos hombres han poseído en tal alto grado como él la habilidad de decir una misma cosa en diferentes palabras, haciéndose comprender de los ignorantes y gustando a los doctos. Pero lo que caracterizaba su predicación era la abundancia de símiles y comparaciones con que la amenizaba y hacía sensibles los conceptos más abstractos, sacándolas de los animales, de las plantas, de las piedras, de las costumbres y cosas caseras con una prontitud y una oportunidad de todo punto inimitables. Parecía conocer todas las cosas y sus más recónditas propiedades. Aun las personas instruidas se deleitaban en oírle establecer relaciones de semejanza entre objetos por su naturaleza muy lejanos, relaciones por nadie observadas y que, después de oídas, todos hallaban naturales y verdaderas» (Aguilar, F., *Vida...* [Madrid 1871] p. 76).

Un testigo de los ejercicios que predicó en la iglesia de Monserrat de Madrid, del 20 al 29 de enero de 1860, después de calificarle como «una de las más esplendentes lumbreras de la Iglesia española en nuestros días», escribía: «Le hemos oído ideas nuevas, giros ingeniosos, bellísimos símiles, en los cuales siempre se ha distinguido su elocuencia, y con los cuales fija de un modo eficaz y seguro las enseñanzas de su sagrada doctrina aun en los entendimientos más débiles o rudos» (*Boletín de la Sociedad de San Vicente de Paúl en España* [Madrid 1860] t. 5 p. 47).

Y un cronista de sus sermones en la tanda de ejercicios que dio en la iglesia de Santo Tomás, de Madrid, en 1857 escribía: «El lenguaje del señor Arzobispo de Cuba es tan peculiar y exclusivo, que no es posible dar una idea de él, así como es imposible que le olviden los que una vez le han escuchado... Pero donde raya más alto la elocuencia del respetable P. Claret es en las comparaciones puramente bíblicas de que se vale para aumentar la fuerza persuasiva de su doctrina, y que son tantas, tan propias y escogidas, que bien puede asegurarse que no tiene rival ni competidor en ésta, que para nosotros es la más difícil facilidad de la elocuencia» (*Boletín de la Sociedad de San Vicente de Paúl en España* [Tejado, Madrid 1857] t. 2 pp. 305-306).

114 Cf. 2Re 4, 33-36.

115 San Alfonso María de Ligorio, *Selva di materie predicabili* (Bassano 1833) p. 3.^a c. 7 p. 345. *Ex libris*.

116 El Sumo Pontífice Clemente XI, con fecha 17 de octubre de 1688, encarga al cardenal Durazzo, nuncio de España, entre otras cosas, que promueva lo siguiente:

1. Que en los púlpitos haya la imagen del Señor crucificado.
2. Que en los sermones de cuaresma no dejen de predicar de los cuatro novísimos.
3. Que en todos los sermones, ya sean de santo, ya de misterio, en todos se haga particular ponderación contra los que se descuidan en confesar sus pecados.
4. Que se exciten y conmuevan al pueblo a hacer el acto de contrición al último del sermón» (nota de Claret). El nombre del Papa debe de ser Inocencio XI, que gobernó la Iglesia de 1676 a 1689. Clemente XI es posterior. Fue papa entre 1700 y 1721.

117 El P. Claret ha sido, sin duda, uno de los grandes santos eucarísticos, un verdadero enamorado de la eucaristía ya desde SU infancia (cf. Aut. n. 37-40). En su escudo arzobispal, dibujado por él mismo, puso como símbolo la eucaristía «por la fe y devoción que deseo tener al Santísimo Sacramento» (carta a una religiosa de Manresa, 25 de julio de 1850: EC, I, p. 413). Su amor eucarístico culminó con la «gracia grande» de la conservación de las especies sacramentales de una comunión a otra, gracia que le fue concedida en la iglesia del Rosario, de La Granja, el 26 de agosto de 1861 (cf. Aut. n. 694). Sobre el alcance de este don místico puede verse: Puigdesens, J., *Espíritu del Venerable P. Antonio María Claret* (Barcelona 1928) pp. 349-366; Gutiérrez, L., *San Antonio María Claret, sagrario viviente*: IICI 43 (1950) 303-314; Lozano, J. M., *Un místico de la acción* (Barcelona 1983) pp. 405-413, Mesa, J. M., *Una gracia grande*: StCl 2 (1964) 47-134; Juberías, F., *La permanencia eucarística* (Granada 1975) 151 págs.

118 La pasión del Señor fue objeto de continua meditación por parte de Claret. Siendo seminarista en Vich le sorprendieron en esta meditación durante la noche, acompañada de dura penitencia (cf. Fernández, C., *El Beato...*, I, p. 77). Entre sus materias de meditación figura la pasión de Jesús y los misterios relacionados con ella (cf. *Notas espirituales* n. 7: *Escritos autobiográficos*, BAC (Madrid 1981) pp. 598-599). En 1861 escribió la hoja *Reloj de la pasión*, que fue aprobada por el Señor (cf. Aut. n. 692). En carta del 19 de noviembre de 1861 expone a la M. Sacramento su método para visitar al Santísimo Sacramento, que consiste en adorar las llagas del Señor (cf. EC, II, pp. 396-397).

119 Para enseñar el modo de hacer el viacrucis, el Santo publicó *Sant Exercici del Via Crucis ab una explicació* (Pla [Barcelona 1846] 64 págs.). Más tarde lo incorporó al *Camino recto* (Pla [Barcelona 1848] pp. 170-196) alcanzando así una difusión extraordinaria. Claret fue siempre muy aficionado a esta devoción. En Madrid, siendo confesor de la reina, hacía el viacrucis breve todos los días (cf. Aut. n. 765).

120 Sobre la devoción entrañable de Claret a la Virgen pueden verse las siguientes obras: Ramos, C., *Un apóstol de María* (Barcelona 1936); Barrios Moneo, A., *La espiritualidad cordimariana de San Antonio María Claret* (Madrid 1954); Agustí, J., *San Antonio María Claret en la devoción al Corazón de María* (Barcelona 1963); Lozano, J. M., *El Corazón de María en San Antonio María Claret* (Madrid 1963).

121 San Antonio María Claret es considerado el Domingo de Guzmán de los tiempos modernos. Así se lo dijo la Virgen el 9 de octubre de 1857 (cf. Aut. n. 677). Claret propagó esta devoción, que, como dice él mismo, «después de la misa es la más provechosa» (Aut. n. 45), con el ejemplo, la predicación y los escritos. Además de varias hojas volantes, publicó los siguientes opúsculos: *Devoción del santísimo rosario* (Madrid 1858), *El Santísimo rosario explicado* (Barcelona 1864) y *Remedios contra los males de la época actual aplicados por medio del santísimo rosario* (Barcelona 1870).

122 Cf. Aut. n. 337-339.

123 Cf. Aut. n. 42, 310-322. «San Antonio María Claret fue publicista infatigable y popular. Su multitud de obras sencillas y piadosas instruyeron al pueblo y mantuvieron su piedad durante muchos años (Valverde, C., *Los católicos y la cultura española en Historia de la Iglesia en España* (BAC Madrid 1979) t. 5 p. 525; cf. Lozano, J. M., *Un gran apóstol de la prensa: San Antonio María Claret* (Madrid 1963) 61 págs. Sobre el poder extraordinario de la prensa tiene el P. Claret una nota autógrafa interesante: «La imprenta - escribe - es como una arma de fuego cargada en las manos de un niño o de un hombre sabio. El marqués de Vahamonde Condorcet decía del escritor Voltaire: «Él es quien ha hecho todo lo que vemos, pero él no llegó a ver todo lo que hizo con sus escritos. Los intereses morales deben anteponerse a los intereses materiales»» (Mss. Claret, XIII, 327).

124 Así lo hacía él en su juventud (cf. Aut. n. 53).

125 Cf. Mt 25, 35ss.

126 Cf. Mc 9, 50; 2 Cor 12, 20.

127 Cf. Mt 7, 12, Lc 6, 31.

128 Cf. Tob 415.

129 Cf. Mt 22, 40.

130 Heb 4, 12.

131 A este respecto es significativa la lección que el P. Claret dio a D. Hermenegildo Coll de Valdemia, predicador supernumerario de Su Majestad en cierta ocasión en que predicó un sermón muy florido, pero falto de

auténtica doctrina, en Madrid (cf. Fernández, C., *El Beato... I*, pp. 332-333), En sus manuscritos se encuentran algunas consideraciones sobre «predicar con estilo florido» (Mss. Claret, XIII, 117-120).

132 Cf. Lc 1, 38.48.

133 Cf. *Sermones varios*, n. 51: *Obras completas de San Bernardo* (BAC Madrid 1953) t. 1, p. 1069.

134 «Agradó (a Dios) con la castidad y concibió con la humildad».

135 Cf. Lc 2, 7.12.

136 Cf. Lc 2, 16; Mt 2, 11.

137 Cf. Lc 2, 7.

138 Ib.

139 Cf. Is 1, 3.

140 *Sólo tiene sus intimidades para con los justos* (Prov 3, 32).

141 *El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungió para evangelizar a los pobres* (Lc 4, 18; cf. Is 61, 1).

Este texto es sumamente importante para Claret porque fue precisamente el que provocó [[despertó]] su vocación misionera (cf. Aut. n. 119) y la de los demás miembros de su congregación (cf. Aut. n. 687).

142 Cf. Mt 11, 25.

143 A los sabios y a los ignorantes (cf. Rom 1, 14). Un hombre que le conoció profundamente y fue su director espiritual, escribió refiriéndose al P. Claret: «su celo fue sobre toda ponderación. Deseaba extender a todo el mundo la voz del Evangelio. Anhelaba con vehemencia que hasta el fin de los siglos se predicara y catequizase en todas partes, a pobres y ricos, a sabios e ignorantes, a sacerdotes y seculares" (Xifré, J., *Crónica de la Congregación: Anales CMF* 15 [1915] 190.

144 Cf. San Alfonso María de Liguorio, *Selva de materias predicables: Obras ascéticas* (BAC, Madrid 1954) t. 2 pp. 222-224; Muratori, L. A., *Ventajas de la eloqüencia popular*, trad. de Vicente María de Tercilla (Madrid 1780) c. 12 y 14.

145 Cf. Mt 2, 2.

146 «No es menos la palabra de Dios que el cuerpo de Cristo». En realidad fue San Bernardino quien recogió la tradición anterior, expresándose con estas palabras: «Interrogo vos, fratres et sorores, dicite mihi: Quid vobis plus esse videtur, corpus Christi an verbum Christi? Si verum vultis respondere, hoc dicere debetis, quod non est minus verbum Dei quam corpus Christi» (Lohner, T., *Auctarium amplissimum bibliothecae manualis concionatoriae* [Dilingae 16911 p. 918).

147 «Se ha de usar de la palabra como del dinero: de forma popular» (*Institutionum oratoriarum libri duodecim* l. 1 (Parisiis 1760).

148 Así lo hacía siempre el P. Claret, uno de los mayores propagandistas de todos los tiempos (cf. Aut. n. 310-322).

149 *Yo soy la madre del amor hermoso* (Ecl. 24, 24).

150 Cf. Aut. n. 440.

151 Cf. Venerable Maestro Juan de Ávila, *Obras* (Madrid 1759) t. 1 p. 45. *Ex libris*. La frase es: «Ama mucho a nuestro Señor» (cf. Aut. n. 440).

152 Cf. Mc 7, 37.

153 San Francisco de Sales, *Práctica del amor de Dios* (Madrid 1775) 1. 3 c. 2-3 pp. 109-116.

Edición preparada por: Jesús BERMEJO, cmf